

EN EL CENTENARIO DE PROUST

Darío Achury Valenzuela

Episodios intrascendentes
de la amistad de Proust
con el poeta-legionario
colombiano
Hernando de Bengoechea

Con motivo del centenario del nacimiento de Marcel Proust que en este año se conmemora, tiene cierto interés dar a conocer a los lectores de esta revista algunos episodios de la vida del autor de *En busca del tiempo perdido*, en los cuales tuvo alguna participación el poeta colombiano Hernando de Bengoechea. Pero, antes de entrar en materia, conviene consignar aquí brevemente algunos datos biográficos de Bengoechea, porque posiblemente muchos de nuestros lectores ignoran quién fue él y cuál fue su obra poética.

Jaime Hernando de Bengoechea nació en París el 3 de mayo de 1889. Fueron sus padres don Onofre José de Vengoechea y doña María Cleofe del Buen Consejo de Valenzuela y Suárez, samario el primero, y bogotana la segunda, de cepa santandereana. El bisabuelo paterno de Hernando, don Juan Modesto de Bengoechea y Arbaiza, oriundo de una hasta ahora no identificada villa del señorío de Vizcaya, llegó a Colombia probablemente en el año de 1750, provisto de cartas de recomendación suscritas por el famoso Conde de Floridablanca. En 1787, don Juan Modesto casó con doña María del Carmen Josefina Filomena de Egea y Guevara Zambrano, natural de Santa Marta. De este matrimonio proviene la rama colombiana de los Vengoecheas¹. Hernando fue el menor de sus siete hermanos: Carlos Arturo, Elvira e Inés (bogotanos de nacimiento), Alfredo Emilio, Alfredo Julio —gemelos—, Sofía y Pedro (nacidos en París).

¹ La doble grafía de este apellido —Bengoechea y Vengoechea— empleada en este artículo se debe a que el primer Bengoechea llegado a Colombia (Juan Modesto I) firmaba con *B*, siguiendo en esto la tradición de sus antepasados vizcainos, los Bengoechesas y Somodeville. A su vez, Juan Modesto II, hijo del anterior, adoptó la *V*, para la rama colombiana de los Vengoecheas. De tal tradición se apartaron luego los hermanos Alfredo y Hernando, quienes resolvieron restaurar la abolida *B*. Por lo demás hoy en Vizcaya hay Bengoechesas y Vengoecheas. Ambos linajes ostentan tradiciones seculares, escudos, lemas, ancestros ilustres, etc., etc.

NOTA: El autor ha sido Director de Extensión Cultural del Ministerio de Educación y Director de la Radio Nacional. Actualmente dirige la Oficina de Información de la Academia Colombiana de la Lengua.

Hernando cursó primeros estudios en el Colegio de los Jesuítas que entonces funcionaba en la rue de Madrid. Allí tuvo como condiscípulos a muchos hijos de la más rancia aristocracia de Francia con los cuales habría de compartir una activa vida social, cuando llegaran los años de la juventud. En 1901, Hernando y su hermano mayor, Alfredo, viajaron por primera vez a Colombia. Parece que entonces residieron sucesivamente en Bogotá y Santa Marta. Entre 1905 y 1906, regresaron ambos a París. A los veinte años, en 1909, Hernando inicia en París una intensa y febril vida de sociedad y de actividad literaria, a la cual vino a poner término el estallido de la guerra del 14. Pero antes, en 1910, al llegar a la mayor edad, Hernando comienza a darse a conocer en el mundo literario de París, publicando poemas en prosa, ensayos, reseñas críticas y poesías en las revistas de la época: *Pan*, *La Grand Revue*, *La vie y Le Mercure de France*. Cuando los hermanos Francisco y Ventura García Calderón fundaron en París la revista *Amérique-Latine*, a Bengoechea le confiaron ellos la redacción en español de la Crónica Musical. En ocasiones colaboró en la revista *Hispania*, que por entonces editaba en Londres don Santiago Pérez Triana. Mozo aún, Hernando solía concurrir al literario "círculo de los Heredias", cuando ya había muerto su fundador el famoso poeta de *Los trofeos*. Allí conoció a Proust, Valéry, Pierre Louys, Henri de Régnier y al Conde Robert de Montesquiou, asiduos concurrentes a las reuniones del círculo que presidía con gracia gentil y espiritual lucidez la señora Marie-Louise Antoinette de Heredia, hija mayor de don José María, esposa de Régnier, novelista y poetisa de notorios méritos y que ya entonces escribía bajo el seudónimo de Gérard d'Houville. Fue ella precisamente quien estimuló a Bengoechea en los inicios de su vida intelectual y quien mantuvo con él frecuente correspondencia cuando se prestaba a combatir por Francia, hundido en una cenagosa trinchera de la Champagne. También fue Hernando habitual tertuliano de los "martes literarios" que tenía lugar en la sala de redacción de *Le Mercure de France*. Allí, León-Paul Fargue, su constante compañero y diestro guía, lo relacionó con André Gide, con Alfredo Vallete, entonces director de la revista, y con la esposa de éste, Marguerite Emery, más conocida por el seudónimo de *Rachilde*.

Cuando, a causa de la muerte de Mallarmé, dejaron de celebrarse los muy famosos "martes de la calle de Roma", regidos por el Maestro,

algunos de sus discípulos supérstites decidieron congregarse en uno de esos cafés literarios que por entonces (1911) le dieron fama y prestigio a la pintoresca rue Jacob. Allí, presentado por Fargue, Bengoechea Valenzuela conoció a los poetas Gustave Kahn, René Ghil, Stuart-Merrill, Saint-Pol-Roux, Edouard Dujardin y Pierre Quillard. De raro en raro recalaba en ese café la afable y adorable Marguerite Audoux, recién galardonada con el Premio Fémina por su bien afamada novela *Marie-Claire*. Cual sombra fiel, seguía a Marguerite su mentor y paternal compañero Charles Louis Philippe.

El muy alabado actor y director de escena, Lugné-Poe, era asiduamente visitado por Fargue y Bengoechea. Es muy posible que accediendo a sus insinuaciones y consejos, Hernando escribiera algunas de sus obras teatrales, tales como *Vol du Soir* y *Le Masque de la Mort Rouge*. Esta es una especie de libreto de ballet, basada en el cuento homónimo de Edgar Allan Poe.

HOMBRE DE MUNDO

Por los años de 1912 y 1913 tenía en sus manos el cetro mundial de la moda femenina el entonces archifamoso modista señor Paul Poiret. Periódicamente organizaba éste en su principesca mansión de la calle Saint Honoré unos sumptuosos bailes de máscaras a los cuales invitaba a la flor de la aristocracia europea, su clientela cautiva, cuyos nombres eran previamente seleccionados, sometiendo al más implacable análisis genealógico las páginas del Almanaque de Gotha. A estas fiestas, que el anfitrión bautizaba con exóticos nombres —“Las mil y dos noches”, “Las fiestas de Baco” o “Los sueños de Nabucodonosor”— solían asistir, en calidad de invitados especiales, dos personas por quienes Poiret sentía singular predilección: el poeta Hernando de Bengoechea y la bailarina Isadora Duncan, quien, presa del frenesí báquico, protagonizó más de una escena escalofriante en aquellas fiestas reales. Del estrago sentimental obrado por el hechizo de Isadora en el morderil corazón de Hernando han quedado como lírico testimonio dos poemas en prosa, un himno y dos truncos poemas en verso, que corren publicados en el libro de *Les Crépuscules du Matin* (páginas 94 a 107). Todavía en vísperas de su muerte, Hernando escribía cartas desde su trinchera

—“La caverna del diablo”— para pedir noticias acerca de la Duncan, arrojada de nuevo a las playas de su patria por la resaca de la guerra. Los festivales orientales de Poiret le sugirieron a Bengoechea ideas sobre vestuarios, luces y decoraciones que él desarrolló a su modo en el ya citado ballet de *Le Masque de la Mort Rouge*.

AMIGOS COMUNES DE PROUST Y BENGOCHEA

Muchos de los amigos de Hernando de Bengoechea le sirvieron a Proust, como luego se verá más a espacio, de modelos vivos para la creación de algunos de los personajes de su comedia humana *En busca del tiempo perdido*. Así, del Conde Robert de Montesquiou tomó muchos de los rasgos personales que caracterizan al proteico barón de Charlus. Del conde Bertrand de Salignac-Fénelon —de cuya desaparición en el frente de Artois vinieron a enterarse tardíamente y por distintos conductos, tanto Proust como Bengoechea— Marcel captó no pocos de los atributos y defectos que especifican el temperamento del anovelado Marqués de Saint-Loup. Los “tics” verbales del poeta simbolista Pierre Quillard —contertulio de Hernando en las veladas literarias de la rue Saint-Jacob— se ven trasplantados a la jerga homérica en que gustaba expresarse el judío Bloch prustiano. Cocó Madrazo —hermano de Raimundo, pintor español de mucho renombre en sus tiempos —a quien Bengoechea conoció cuando su prestigio de “sabellotodo” comenzaba a eclipsarse en el mundillo aristocrático de la “belle époque”, le brindó a Proust no pocas de sus características y modos de ser peculiares, para modelar el antipático personaje del escultor Ski —pintor, músico y diseñador además—, que de pronto irrumpió en algunas páginas de *Sodoma y Gomorra*.

Con el correr de los años, y ya desaparecido Hernando, los Bengoecheas Valenzuela se verán incorporados al clan de los Montesquiou, por haberse casado Alfredo, el mayorazgo, con una nieta de Lauralba de Montesquiou - Fézensac y sobrina del Conde Robert. Este solía preciarse de que su familia contaba catorce alianzas con la Casa de Francia, doliéndose, sin embargo, de que a una de sus abuelas, la llamada Aldonza de Guermantes, le hubiese birlado el trono, que por

derecho a ella le correspondía, su hermano consanguíneo pero segundo, Luis el Gordo.

SU AMOR A COLOMBIA

En las *Cartas de Guerra* de Bengoechea ha quedado más de un testimonio del amor —hondo, profundo y sangrante amor— que él sentía por Colombia, su patria. Cuando la muerte tocaba a sus puertas, le escribía a Alfredo, su hermano, pidiéndole noticias de su tierra por la cual estaba dispuesto a sacrificarse como en esos momentos estaba a punto de hacerlo por Francia. En sus penosas marchas de legionario por los caminos y colinas de la Champagne sentía alivio recordando los neblinosos días de la Sabana de Bogotá y los deslumbrantes azules de la bahía de Santa Marta. Los mejores amigos de su vida fueron colombianos: los Valenzuela, los Suárez Costa y los Germán de Ribón —a él unidos por los vínculos de la sangre—; los Gutiérrez Ponce, los Rochas, el pintor Andrés Santamaría, el compositor Uribe Holguín, Santiago Pérez Triana, Saturnino Restrepo, Sanín Cano y muchos más.

LA HEROICA MUERTE DEL LEGIONARIO

A mediados de agosto de 1914, Hernando decide alistarse en la Legión Extranjera para combatir por la causa de Francia. Se le adscribe a la Segunda Compañía del Primer Regimiento de la Legión, bajo las órdenes del teniente Max Doumic, hermano de René, escritor, historiador y miembro de la Academia Francesa. A la vuelta de breves días lo envían a la guarnición de Bayona, en los Bajos Pirineos, donde recibe instrucción militar. Al cabo de tres meses, su Compañía recibe la orden de trasladarse a una trinchera del frente de la Champaña. En este sitio, que en sus cartas designa con el nombre de “La caverna del diablo”, vive Hernando seis interminables meses, sometido a rudas e incluso humillantes faenas castrenses. Un patético testimonio de tan tremenda vida en las trincheras, son las cartas que desde allí le escribía el joven legionario a los suyos y a sus amistades.

El 6 de mayo de 1915, el alto comando de la Legión dispone que la Segunda Compañía abandone su reducto champañense y se movilice hacia el frente activo de guerra. Hernando ignora a qué sitio preciso se les lleva. Sólo al cabo de la jornada se entera de que han llegado a un innombrado lugar, situado al sur de Arrás y aledaño a las colinas de Artois. El 9 de mayo —un lluvioso domingo—, a la Compañía en que Bengoechea actúa como auxiliar de ametralladora se le confía la misión de apoyar el avance de la División Marroquí del 33º Cuerpo de Ejército, comandado por el General Petain, encargada, a su turno, de desalojar a los alemanes fortificados en la llamada “Cresta de Vimy”. Desde hace tres días llueve inmisericordemente. A las 10 de la mañana cesa la lluvia. Un tímido sol alumbría tenuemente el valle y las colinas de Artois. El terreno, anegado a trechos, y cuando no, cubierto por densas capas de lodo, se ve repentinamente batido por los fuegos cruzados de la infantería y de la caballería alemanas. Irrumpe la División Marroquí y se lanza hacia su objetivo cubierta por el fuego nutrido de la Segunda Compañía de la Legión. Al mismo tiempo, una sección de infantería se adelanta con el fin de escalar la fortaleza inmediata de “Les Ouvrages-Blanches”. Para colocar su pieza en posición de combate y cubrir inmediatamente la acción de los suyos, Hernando avanza en precipitada carrera. Pero no alcanza a cumplir su maniobra. Una bala le atraviesa el cuello y el legionario de Colombia cae muerto sobre el fango y abrazado a su ametralladora.

Al día siguiente, su acción heroica es citada en la Orden del Día del Regimiento. Los legionarios, hombres de todas las razas, de atezados rostros curtidos por todos los soles del infortunio, se hunden en un denso silencio, grumoso de iras, penas y desengaños. Luego resuena a todo lo largo y a todo lo alto de las colinas de Artois, multiplicado y prolongado por cien ecos, un redoble de tambores enlutados.

LA OBRA LITERARIA DE BENGOCHEA

Seis años después de la muerte de Hernando de Bengoechea, Alfredo reunió en tres volúmenes la dispersa obra literaria de su hermano menor. Los volúmenes fueron impresos en los talleres de las Editions des Tablettes, que funcionan en Saint-Raphaël, estación balnearia sobre el Mediterráneo y aledaña a París. He aquí sus títulos:

Les Crépuscules du Matin. Poèmes (1921, 200 páginas).

Le Vol du Soir, Théâtre (1922, 149 págs.). Este volumen contiene: *Le Vol du Soir, Le Masque de la Mort Rouge, Notes pour le Masque de la Mort Rouge* y *Soratama*.

Le sourire de l'Ile-de-France. Essais et Poèmes en Prose, suivis des Lettres de Guerre (1923, 354 págs.).

Finalmente, Alfredo de Bengoechea hizo una antología seleccionando las mejores páginas de *Les Crépuscules du Matin* y de *Le sourire de l'Ile-de-France* y algunas de las *Lettres de Guerre*. Esta analogía se editó en París, en las prensas de Amiot-Dumont, en 1948, y lleva como introducción un estudio biográfico y crítico de Léon-Paul Fargue, intitulado *Hernando de Bengoechea ou l'âme d'un poète*, rubro este que sirve de título a la selección. Fargue escribió la última página de su estudio el 19 de noviembre de 1948. Una semana después, exactamente el día 24, moría el gran poeta francés en brazos de la abnegada compañera de sus posteriores y adoloridos años, la pintora Chériane. Desde 1943 se encontraba hemipléjico a consecuencia de una trombosis cerebral. Su ensayo sobre Hernando de Bengoechea es considerado con razón como su testamento literario.

DONDE EL AUTOR ENTRA EN MATERIA

Previos estos datos biográficos incluidos, que a la postre han resultado más prolíficos de lo que inicialmente me propuse, ha llegado el momento de entrar en materia. En el estudio crítico-biográfico que escribió Léon-Paul Fargue, en 1948, bajo el título de *Hernando de Bengoechea ou l'âme d'un poète*, alude sólo de paso a una o dos visitas que ambos —Fargue y Bengoechea— le hicieron a Proust, cuando éste vivía en su apartamento del Boulevard Hausmann. En otros pasajes de su relato, Fargue menciona la amistad que unió a Bengoechea con personas de la intimidad de Proust: el Conde de Montesquiou, el Conde Bertrand de Salignac Fénelon, Henri de Régnier y su esposa María de Heredia, conocida en el mundo de las letras con el nombre de Gérard d'Houville, el poeta simbolista Pierre Quillard, etc., etc. Basado en la narración biográfica de Fargue, amigo íntimo de Hernando, por una parte, y en documentos de la época, por otra, he logrado reconstruir

algunos de los momentos en que las vidas de Proust y de Bengoechea se cruzan. El lector se enterará en seguida de algunos de esos momentos, redactados en forma episódica y un mucho insuturada, forma que tiene su explicación en el hecho de haber sido entresacados de un libro que escribí hace algún tiempo sobre la vida y la obra de Hernando de Bengoechea, libro que parece condenado a permanecer inédito para siempre, por falta de editor.

Conviene advertir lealmente que en muchos de los episodios que a continuación se narran, el personaje Hernando de Bengoechea no ocupa propiamente el papel de protagonista, sino el de deuteragonista a lo sumo. A pesar de esto, vale la pena de que tales episodios sean conocidos.

EL CIRCULO DE LOS HEREDIAS

Bien parece que uno de los primeros contactos de Hernando de Bengoechea con el mundo literario de París fue a través del círculo de los Heredias, cuando éste comenzaba a declinar. Ya había regresado de Colombia, cuando recibió la noticia de la muerte del autor de *Los Trofeos*, el poeta José María de Heredia, acaecida en su castillo de Bourdonné, el 3 de octubre de 1905, el mismo año en que murió el padre de Hernando. Tres fueron las hijas de este fénix del Parnaso: María, la mayor, casada con el señor Henri de Régnier, poeta de eximias calidades y discípulo de Mallarmé; Luisa, que en 1899 contrajo matrimonio con el señor Pierre Louys, y Helena, de quien ignoramos la suerte que hubiere podido correr. Hernando fue acogido con afecto y admiración en esta casa de las musas, dadas sus credenciales de poeta precoz, de inconclusa tendencia herediana, y por su origen suramericano.

Cuando Hernando conoció a Marie Louise Antoinette de Heredia, catorce años mayor que él, ella era ya conocida como autora de poemas que anduvieron dispersos en periódicos y revistas por más de treinta años, y que María sólo recogió en volumen, en 1931. Ella escribió bajo el seudónimo de Gérard d'Houville en recuerdo de uno de sus antepasados normandos. Su poesía, dice un crítico de la época, es reflexiva, elegante, discreta y lo menos instintiva posible. Fue una romántica atemperada, de gracia uniforme y de armoniosa fantasía, cualidades estas que la identifican con Musset. Su elegancia espiritual y el aristó-

crático refinamiento de su emoción ganan calidad poética por el dominio que ella demuestra del arte de la abstracción, tan delicado como seguro. Sus temas preferidos son: el amor, las flores, la juventud, los viajes, las ciudades, las estaciones, la muerte y el dolor. Su verso conserva el ritmo y la forma esencialmente clásicos y no se deja seducir, como su marido, por el fácil embrujo del verso libre. En su poesía, Gérard d'Houville acierta a conciliar, con fina sensibilidad de mujer, la realidad urente con el vago ensueño, la arista de las cosas con su difuminado contorno y el color crudo con el matiz dosificado.

Así como en casa de Mallarmé tenían lugar los muy afamados "martes", en casa del poeta Heredia se celebraban los "sábados". A unos y otros concurría la flor y nata de la inteligencia francesa. A estas reuniones no pudo asistir Hernando de Bengoechea, porque cuando ellas llegaron a su apogeo, éste apenas contaba cinco o seis años, a lo sumo. El poeta Heredia recibía a sus invitados en el número 11 bis de la calle Balzac. Estos tenían que elegir allí entre dos sitios: o la sala de trabajo del dueño de casa, poblada de poetas y sobresaturada de humo de cigarro, o el salón donde las tres encantadoras hijas de don José María —Helena, Luisa y María— se veían asediadas por el corro impaciente de sus jóvenes admiradores. Fue allí donde Pierre Louys se prendó de Luisa, con quien más tarde se casaría, para divorciarse luego, en 1914, por no haber logrado hacerla feliz. Allí también conoció María a su futuro marido, el poeta simbolista Henri de Régnier, que entonces, en la plenitud de sus 30 años, lucía monóculo, largos mostachos lacios y amplios ademanes despejados de gran señor.

Parodiando la campaña que los partidarios de su padre emprendieron para lograr la elección de éste como miembro de la Academia Francesa, María organizó una sociedad de amigos que se bautizó con el nombre de "La Academia Canaca". María fue elegida reina de esta peregrina Academia y a Marcel Proust se le invistió con el cargo de secretario perpetuo, cuyas funciones eran las de convocar a sesiones y redactar las actas académicas. Fueron miembros activos de la Canaca: Louys y Régnier, claro está, Paul Valéry, Fernand Gregh, León Blum, Ferdinand Hérold, los hermanos Daniel y Philippe Berthelot. Era obligación de todo nuevo miembro agradecer su elección por medio de un "discurso" de muecas, gestos y señales elocuentes. El galardón en mímica se lo ganó Valéry, encargado de gesticular la oración inaugu-

ral de la Academia. Quienes lo vieron aseguran que este "discurso" del autor de la *Jeune Parque* superó con mucho al que pronunció cuando fue recibido en la Academia de Francia para ocupar el sillón vacante de Anatole France, cuyo nombre sólo mencionó Valéry una sola vez, y casi por señas también, como un tardío desquite por haberse negado France, en cierta ocasión, a incluir el nombre de Stéphane Mallarmé en una *Antología de la Poesía Francesa*. La vida de la "Academia Canaca" fue breve, pero aún después de disuelta, Proust continuó llamando "mi reina" a María de Heredia².

De paso referimos aquí cierto incidente social en el cual se vieron envueltos las Hermanas Heredias, Henri de Régnier y el Conde de Montesquiou. En una noche del mes de mayo de 1897 se incendió un salón de cine situado en la calle Jean-Goujon, más exactamente: en el llamado Bazar de-la-Caridad. En este siniestro perecieron 143 personas, en su mayoría mujeres de la aristocracia parisense, y el infeliz suceso vino a acrecentar la negra leyenda que rodeaba ya al conde de Montesquiou, el mismo barón de Charlus de la novela de Proust. Se dijo entonces que fue tanto el afán de los hombres por escapar de las llamas, y tanta su falta de galantería, que en su desesperada carrera pasaron por encima de los cuerpos de sus esposas y compañeras, pisoteándolos inmisericordemente. Algunos testigos presenciales afirmaron que el señor Conde se había servido de su famosa caña de Indias para abrirse paso y ponerse a salvo. Otros aseguraron que cierto gentilhombre, al ser llamado para que reconociera el cadáver de su compañera, se limitó a levantar negligentemente el sudario que la cubría con la punta de su caña de Indias. La alusión a Montesquiou no podía ser más clara, dado que su bastón de caña hindú era famoso en París, y este solo indicio bastaba a identificarlo. Jean Lorrain, refiriéndose a un dibujo de Boldini, en el que se mostraba al Conde empuñando su bastón con cabeza de porcelana azul, comentó días después del incendio: "El señor de Montesquiou parece hipnotizado en la contemplación de su caña de Indias: porra para mujeres vivas y tenaza para mujeres muertas".

El 5 de junio siguiente, el Conde de Montesquiou organizó una visita a las colecciones de arte de la baronesa Adolphe de Rothschild.

² Véase *Marcel Proust* por George D. Painter, traducción francesa editada por *Mercure de France*, 1966, Tomo I, p. 192.

Entre los invitados figuraba Henri de Régnier, su esposa y sus cuñadas, las Heredias. A la salida, cuando los invitados tomaban sus abrigos, sombreros y bastones, a María de Heredia se le ocurrió decir, aludiendo a la famosa caña del Conde, quien esperaba su turno en el mismo vestíbulo: "Miren esta preciosa caña de Indias, tan buena como para golpear mujeres, es fuerte y se podrá usar muchas veces". Henri de Régnier encareció la alusión de su esposa, corrigiendo: "Un abanico, querrás decir tú". El Conde saltó súbitamente al quite, replicando indignado: "¿Y por qué no una espada más bien?". El 9 de junio se batieron a espada los dos poetas: Régnier y Montesquiou. El duelo tuvo lugar en el Pré-aux-Clercs. Mauricio Barrès apadrinó al Conde. Al tercer asalto, éste fue herido en el dedo pulgar y el duelo se dio por terminado. Tal lance marcó el apogeo de la fama del señor Conde Robert de Montesquiou-Fézensac, ciertamente no tan experto en el manejo de la tizona como su antepasado el mosquetero d'Artagnan³.

Esta escena, en la que los esposos Régnier agraviaron al Conde de Montesquiou, le sirvió a Marcel Proust para reconstruir, en la *Recherche du temps perdu*, aquella otra en la cual, con motivo de la ejecución de la sonata de Vinteuil ante un grupo de invitados, los Verdurin insultan al barón de Charlus, saliendo en su defensa la reina de Nápoles.

Refiere Painter, en su magnífica biografía de Marcel Proust, que antes del duelo Régnier-Montesquiou, un primo de éste, el Conde Aimery de Rochefoucauld, que mucho se pagaba de sus pergaminos y blasones, temeroso de que Robert fuera a batirse con persona no matriculada en la nobleza, le preguntó a Iturri, el fiel secretario tucumano de Montesquiou: "¿A qué casa pertenece el señor Henri de Régnier?". E Iturri, quien no entendió a derechas la pregunta, le respondió al señor de Rochefoucauld dándole la dirección de la casa de Régnier: "número 6, calle de Boccador"⁴.

³ Consultese la obra citada de George D. Painter, tomo I, pp. 273-274.

⁴ Painter, ob. cit., t. I., p. 180, n. 1— En sus *Loisirs de la Poste*, Mallarmé registró así la dirección del domicilio de Régnier:

*Adieu l'orme et le châtaignier!
Malgré ce que leur cime a d'or
Sen revient Henri de Régnier
Rue, aux six même, Boccador.*

María de Heredia o Gérard d'Houville murió en París, en 1963, a la edad de 88 años. Escribió cuatro novelas que valen por la fineza de la observación y de la intuición: *La inconstante* (1903); *La esclava* (1905); *El tiempo de amar* (1908) y *El seductor* (1914).

EL SEÑOR BARON PALAMEDE DE CHARLUS

Ocupémonos ahora, muy de paso, de un curioso personaje con el cual ya hemos tenido algo que ver al hablar de Henri de Régnier. Aludimos al Conde Robert de Montesquiou-Fézensac (1855-1921). Acerca de él habría mucho qué decir, pues su vida de dandi tan denoso como espectacular, es una serie de aventuras pintorescas que dieron mucho que hablar en su tiempo. A Huysmans le sirvió de modelo vivo para crear a Des Esseintes, el inolvidable personaje de su novela *Al revés*; y Marcel Proust nos da un retrato más o menos fiel del señor Conde en el también inolvidable barón de Charlus de *En busca del tiempo perdido*. Estos dos retratos anovelados de tan singular personaje le han dado una fama más perdurable que la que él mismo soñara para sus extravagancias personales y sus versos, en los delirantes sueños de su inofensiva megalomanía. Descendiente de alcurniosas familias de Francia y emparentado con todas las princesas, baronesas, condesas y duquesas que pueblan el mundo, mitad sueño y mitad realidad, de la para muchos imperecedera novela de Marcel Proust, el señor Conde de Montesquiou aspiró a ser lo único que no podría llegar a ser: un gran poeta de Francia. Sus maestros fueron Hugo, Leconte de Lisle, Mallarmé y Heredia. Nunca imaginaron ellos haber tenido discípulo más desaprovechado que el señor Conde. Sus libros de versos: *Les chauves-souris*, *Le chef des odeurs suaves*, *Hortensias bleus*, *Auteles privilégiés* son apenas un bizarro muestrario de melindrosa poesía. Su rebuscado preciosismo y su estilo arreado se parecen mucho a esa tortuga suya con la caparazón incrustada de pedrerías, de que tanto se ufanaba. En sus versos probó todos los metros, todos los ritmos, el más rebuscado y alcorzado vocabulario, y las más absurdas metáforas, metáforas que el más desjuiciado alumno de las musas jamás osara intentar. Todo en los poemas del señor Conde es oquedad, petulancia, desgarro de mosquetero; y todo en desmedro de uno de sus antecesores, el caballero d'Artagnan, del que tanto se vanagloriaba. A

faíta de ideas propias y de sentimientos íntimos, el señor de Montesquiou rellenaba en ocasiones sus alejandrinos con la borra inútil de los calambures. Hablando de sus poemas, un crítico de la época comentó: "Parece que el señor Conde se hiciera traer las palabras por uno de sus criados, una por una, para luego arrojárnoslas desde lo alto de su desdén"⁵. René Lalou, más compasivo, apunta: "Montesquiou al cultivar sus *Hortensias azules* y al ensartar sus *Perlas rojas*, buscaba más la aprobación de los salones que la venia de los poetas simbolistas"⁶.

Es muy posible que Hernando de Bengoechea, siendo apenas un adolescente, se hubiese cruzado con el Conde de Montesquiou en casa de las Heredias, cuando aún no se había malquistado este con Régnier y su esposa. Por entonces el Conde era muy conocido en los círculos mundanos por sus extravagancias y en los literarios por sus esperpentos poéticos. Fue amigo de Mallarmé y de cuando en cuando asistía a los "martes" que presidía el autor de *Coup des dés*. Cuando el hijo de Mallarmé, Anatole, cayó gravemente enfermo, Montesquiou le llevó como regalo un papagayo llamado "Semíramis". Pocos días después —el 6 de octubre de 1879— moría Anatole, próximo a cumplir sus ocho años. Aún no había nacido Hernando de Bengoechea.

Montesquiou concurría también a los "sábados" literarios que tenían lugar en casa de José María de Heredia. En aquel tiempo, el Conde no había publicado aún su primer libro de versos y la opinión que abrigaba acerca de los mismos no estaba exenta de cierto escepticismo. Cierta día el Conde recitó una de sus poesías en presencia de Heredia y sus amigos. Este, para halagarlo, ponderó su técnica métrica, agregando:

—Usted debería publicar esos versos.

—¿Con qué objeto?, le replicó el gentilhombre, echándose hacia atrás. Mi reputación de escritor, si es que alguna vez llego a adquirirla, no impedirá que dejen de considerarme como un Montesquiou estúpido.

La admiración entre *snob* e interesada que Proust le profesó al Conde lo indujo a seguirlo como modelo poético digno de imitación, cuando escribió su libro de poemas intitulado *Portraits des peintres*.

⁵ Henri Clouard, *Histoire de la Littérature Française*, ed. Albin-Michel, París, 1947, vol. I, p. 117.

⁶ René Lalou, *Histoire de la Littérature Française contemporaine*, París, 1947, vol. I, p. 209.

Años después de la muerte del Conde, el clan de los Bengoecheas se mezclará con el de los Montesquiou-Fézensac, al contraer matrimonio Alfredo con Mathilde Marie Charlotte de Bonvuloir, nieta de Lauralba de Montesquiou.

PROUST, BENGOCHEA Y LOS BAILES RUSOS

El sábado 4 de junio de 1910, fue el señalado para el estreno parisense de *Sheherezada* en el Teatro de la Ópera. Hernando de Bengoechea, con el fervor de sus 21 años apenas cumplidos, se siente atraído por la revelación de los Ballets Rusos y es uno de los primeros en acudir a esta función de gala. Momentos después llega a su palco Marcel Proust, acompañado de Reynaldo Hahn y del crítico de arte Jean-Louis Vaudoyer. Desde su butaca, Hernando saluda con un leve movimiento de cabeza y de mano a los recién llegados, ciertamente no muy distantes del lugar que él ocupa. Marcel, que por nada del mundo se despoja de su abrigada pelliza, no muestra buen semblante: ojeroso, tristibundo, abotagado y con una palidez terrorífica de gardenia marchita. En otro palco, más cercano al escenario, Hernando alcanza a divisar a Diaghilev, retirado al fondo, empuñando unos gemelos de nácar para seguir los más leves movimientos de sus bailarines en la escena. A su lado, inquieta y multílocua, se agita la famosa Missia Edwards con el airón de su estremecido penacho persa en el sombrero. Precisamente, de esta Missia de los Ballets Rusos se vale Marcel para crear en su novela la encantadora figura de la Princesa Yurbeletiev "con su inmenso penacho tembloroso", desconocida de las parisienses, y que, a su turno, copiaba su penacho del que con no menos arrogancia lucía en su tocado la linda Lantelme, una artista del París alegre, de cuyos favores disfrutaba inceladamente el incontrito señor Edwards, el marido de Missia. De esta comedia de las imitaciones se vale también Proust en un pasaje de su novela, donde muestra a Gilberta Swann, la hija de Odette, haciendo todo lo imaginable para imitar los tocados de Raquel, su rival, que le disputa el amor de Saint-Loup. Poco tiempo después, la Lantelme pereció ahogada en circunstancias muy sospechosas, cuando se encontraba a bordo del yacht de su amigo Edwards. Este no tardó en reemplazarla con la cantante Lina Cavalieri, de tan

modulada voz como de tan inmoduladas carnes. Un día en que Forain vio a los muy recientes y amartelados amantes, le preguntó a su ocasional compañero: "¿Esta, por lo menos, sí sabe nadar?" Por su parte, Missia, para consolarse, se casó con el pintor español José María Sert, quien ideó y pintó los trajes para el ballet de Diaghilev, *La leyenda de José*. Proust admiró estos trajes y los comparó, en su novela, con los vestidos de Fortuny, inspirados en Carpaccio, que el narrador compra para Albertina prisionera.

En la noche del estreno de *Sheherezada*, Proust, extasiado ante el decorado que Bakst pintó para este ballet, le dijo a Hahn: "jamás he visto nada tan hermoso". Una impresión semejante le causó a Hernando de Bengoechea esta pesada decoración que consistía en una colgadura voluminosa de un verde deslumbrante y en unas puertas de un profundo azul nocturno y en un inmenso y no menos denso tapiz naranja. El Coronel de Bassil trajo a Bogotá este mismo decorado, que tuvo que ser plegado en varios dobleces para ajustarlo a las pequeñas dimensiones del escenario del Colón, por allá en el año de 1945, cuando por primera y última vez arribaron hasta aquí los Ballets Rusos.

No tardaron en darse cuenta los admiradores intelectuales de los Ballets Rusos que éstos, además de su embrujo como espectáculo, ofrecían la coyuntura de entrar en relaciones con los artistas que eran el alma del conjunto. Marcel Proust trató a Nijinsky, entonces un adolescente de 18 años, a quien había admirado en la escena bajo los rasgos de un esclavo negro que cruzaba como un bólido el amplio escenario de la Ópera, llevando en sus brazos a Ida Rubinstein, la favorita del sultán. Pero el genial bailarín era una persona en la escena y otra muy distinta en la vida real. Por esta razón, el escritor y bailarín no llegaron a comprenderse. En cambio, el Conde Robert de Montesquiou, renunciando transitoriamente a sus fueros de inmisible sodomita se ladeó levemente hacia el "bimetalismo" al declararle su adoración a Ida Rubinstein con una pasión y una decisión tales, que apenas podrían compararse con las que por allá, en sus verdes años, le profesó a la Marquesa de Casa-Fuerte en otro momento de fugaz abdicación.

Por su parte, el compositor franco-venezolano Reynaldo Hahn, si no pescó amorios en la tropa de los bailarines rusos, cazó por lo menos un contrato para ponerle música a un libreto de Jean Cocteau, *El dios azul*, y también una invitación para visitar a San Petersburgo cuando pasara el invierno.

Jean-Louis Vaudoyer, crítico de arte, joven de impresionante palidez romántica, de lacios mostachos péndulos y asiduo compañero de Proust en su palco de Opera, escribió por esos días, en la *Revue de Paris*, una reseña bajo el título de "Variaciones sobre los Ballets Rusos", citando un dístico de Gautier:

*Soy el espectro de una rosa
Que tú ayer llevabas en el baile.*

Luego Vaudoyer le escribió al decorador Bakst sugiriéndole que en ese poema podría encontrar un tema apropiado para idear un ballet. La sugerencia fue acogida con beneplácito, y así como en la noche del 19 de abril de 1911, la compañía de Diaghilev estrenó, en el teatro de Montecarlo, el cuadro coreográfico intitulado *El espectro de la rosa*, inspirado en el poema de Gautier, con argumento del mismo Vaudoyer, música de Weber, coreografía de Michel Fokin, decorados y trajes de Leon Bakst. Fueron sus principales intérpretes la Karsavina y Nijinsky. La música de Weber es su *Invitación al Valse*.

Así fue agrupándose en torno de la figura avasalladora de Diaghilev una cohorte de artistas e intelectuales, en la cual cada uno de sus miembros aportaba de lo suyo: Cocteau y Hahn, su inspiración; Montesquiou y Vaudoyer, su concurso de relaciones públicas; Proust, su estímulo y su conversación. Todos contribuyeron a esa labor de incesante fecundación mutua, bajo la genial y astuta dirección de Diaghilev, gracias a la cual maduró y se desarrolló ese espléndido conjunto armonioso de los bailables rusos.

Después de cada representación, escritores, poetas, músicos y bailarines se daban cita en el Larue para cenar. Allí, mientras el mágico Diaghilev y el genial Nijinsky devoraban bistés, el doliente Marcel Proust saborea un tímido chocolate espumoso y Cocteau, compadecido de este su amigo que tiritaba de frío, saltaba mesas, sillas y canapés para ir en busca de una pelliza con qué abrigarlo, repitiendo así el gesto caballeroso de Saint-Loup, encarnación de Bertrand de Fénelon, que Marcel refiere muy pormenorizadamente en un pasaje de *Le côté de Guermantes*⁷. Para celebrar el gallardo comportamiento de Cocteau, Marcel compuso una copilla de ciego, que traducida en mal romance rezá:

⁷ Vide *A la recherche du temps perdu*, ed. La Pléiade, t. II, p. 411.

*Para cubrirme con abrigo de muaré,
sin verter la tinta de sus grandes ojos,
cual silfo al techo y esquí en la nieve,
Juan saltó la mesa al lado de Nijinsky.*

Hernando de Bengoechea, que seguía a distancia las evoluciones de sus amigos y conocidos alrededor de la embrujadora personalidad de Diaghilev, también recibió el impacto certero de los bailables rusos. En dos ocasiones escribió sus impresiones acerca de ellos: una, a raíz de la temporada de julio de 1910, y otra, con motivo de la presentación de los ballets en el Chatelet, en 1912. Estas páginas, fueron incluidas en el libro *Le sourire de l'Ile-de-France*⁸, y bien merecen ellas un juicioso y detenido análisis, que ahora no se intenta en espera de una más oportuna ocasión.

⁸ Op. cit., pp. 211-222.